

LOS RANKINGS Y LA VERDADERA CALIDAD UNIVERSITARIA

POR JOSÉ ANTONIO URANGA

«La mayoría de los rankings intentan realizar una clasificación con datos cuantitativos si bien el peso de cada ítem es subjetivo, por lo que el resultado final depende de la idea previa que se tenga sobre lo que es una buena universidad»

La reciente publicación de un nuevo ranking de universidades, esta vez el de Shanghái, con un posicionamiento muy deficiente de las universidades españolas, sirve para plantearnos una reflexión sobre la calidad de nuestra educación superior si bien un análisis serio nos lleva a concluir que no podemos comparar como iguales cosas que no lo son. Así, dicha clasificación valora fundamentalmente el número de premios Nobel entre el profesorado y la repercusión científica de las publicaciones académicas emanadas de cada centro. En definitiva, no valora la calidad docente sino investigadora. Trabajar en la frontera del conocimiento permite al profesorado universitario tener una visión actualizada de su área de conocimiento, sin lo cual apenas sería el mero intérprete de un libro de texto, pero no podemos tampoco olvidar que la Universidad es mucho más.

La mayoría de los rankings intentan realizar una clasificación con datos cuantitativos si bien el peso de cada ítem es subjetivo, por lo que el resultado final depende de la idea previa que se tenga sobre lo que es una buena universidad. Nuestras universidades no son centros de investigación sino centros docentes donde se investiga, que no es lo mismo, y además, a diferencia de las universidades que aparecen en cabeza, el nuestro es un sistema altamente subvencionado donde acceden los alumnos tras superar una prueba estatal, es decir, un sistema menos elitista y más tendente a la uniformidad. No es casualidad que en dicho ranking los veinte primeros puestos estén ocupados por universidades anglosajonas y que haya que bajar al 37 para encontrar una universidad de la UE no británica.

En nuestro caso la investigación se entiende en buena medida como algo instrumental ya que sirve para acumular méritos y conseguir ser funcionario lo antes posible. Esto no estaría tan mal, y nos acercaría al modelo anglosajón, si se viera acompañado de una política de estímulos a lo largo de la carrera profesional, pero en España éstos son de risa: la carrera es corta, sólo dos escalas, y los económicos, ridículos: después de 30 años de dedicarte a un trabajo sin horarios, tu sueldo será apenas un 20% mayor que el del colega que se ha limitado a las clases... y a pasar las tardes en su casa o ganando más dinero. Si a esto le añadimos que la situación actual de crisis no permite alegrías, el panorama sólo es apto para los espíritus más vocacionales.

Es cierto que existen otras clasificaciones que intentan cuantificar aspectos docentes como el número de alumnos por aula o el ratio alumno/profesor. Esto nos llevaría a la conclusión de que la educación en España es ahora muchísimo mejor que hace 20 ó 30 años,

cuando esos parámetros eran peores. Es evidente que no está claro que sea así. Creo entonces que este tipo de clasificaciones resultan ejercicios fútiles que sólo sirven como divertimento académico. Podemos autoengañarnos si estamos entre los afortunados o confundir a la opinión pública, pero nada más. No lo digo desde el rencor del excluido, me formé en una de las 10 «elegidas» por Shanghái y soy docente en una de las que no está en la lista y la verdad, que me perdonen en mi casa madre, pero esto no se sostiene.

¿Hemos de renunciar a intentar distinguir entre buenos y malos centros? En absoluto, pero no olvidemos que la Universidad no está sólo para cultivar el conocimiento sino para transmitirlo formando profesionales que sean útiles a la sociedad y, en este aspecto, España no está tan mal como se nos quiere hacer creer.

Nuestros graduados en ciencias experimentales y técnicas, cuando salen al extranjero, no precisan de nadie que les enseñe cosas básicas que la «deficiente» universidad española no ha hecho. Sobran comentarios sobre nuestros profesionales sanitarios, son reconocidos internacionalmente y constituyen el núcleo de un sistema de salud mucho más eficiente que el de algún país líder en los rankings. Quizás su formación no sea tan mala. Por último podemos citar a los gra-



PIEDRA

duados en ciencias económicas y empresariales. Su experiencia ha permitido que algunas de las mejores escuelas de negocios del mundo sean españolas. Paradójicamente esas escuelas, como algunas de nuestras universidades privadas, siempre aparecen, si lo hacen, en la cola de los rankings. Tienen claro su objetivo, hacer investigación académica no es el principal y no por eso dejan de ser reconocidas en su área.

Sólo son algunos ejemplos que no pretenden ser autocomplacientes. Sin duda hemos de convencernos de que la ciencia no es un lujo sino una necesidad estratégica. Si lo hacemos, introducimos incentivos y flexibilidad en el sistema y nuestras empresas adquieren el tamaño para creer en la I+D+i, surgirán campus especializados de alta productividad científica y estaremos en los rankings, pero hasta entonces no nos dejemos engañar por clasificaciones parciales que miden cosas diferentes.

JOSÉ ANTONIO URANGA ES VICEDECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD DE LA UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS